nificar hambres, pestilencias y guerras, como en esta ocasión se verificó. Y al presente que esto escribo, que es a tres días del mes de octubre de mil seiscientos y siete años, hay otra en el cielo, que ha diez o doce días que aparece; la cual colea hacia aquellas mismas partes y se viene subiendo hacia esta ciudad de Mexico, donde nosotros estamos y como ya la tierra no está para guerras, plega a la divina majestad de Dios, no sea hambre o mortandad, que con poca pestilencia que venga se acabarán todos; pues el número, que al presente corre, no es el centeno de los que entonces había.

CAPÍTULO VI. *De otras guerras y hechos de este emperador Tlaltecatzin*

IEMPRE LOS CORAZONES ATREVIDOS y soberbios (confiando en sus desvanecidos pensamientos) sólo atienden a hacer demonstración de su soberbia sin atemorizarse de los atroces fines que pueden resultarles; y de aquí nace que los soberbios, estribando en su sola presumpción, no les sirvan de ejemplo lás desgracias y ruinas sucedidas en cabezas ajenas. Esto digo porque habiendo pasado la guerra de Metztitlan y Tototepec y habiéndose mostrado el emperador Tlaltecatzin tan valeroso en vencerla, no por esto faltó quien quisiese ser segundo, para probar en su cabeza la fuerza de sus manos. Éste fue un reyezuelo de la provincia de Tepepulco, que aunque era rey grande y de mucha gente para tener majestad y señorío, era muy pequeño para oponérsele a tan grande y poderoso emperador; pero como su soberbia le cegaba, ni reparó en su bajeza, ni atendió a la grandeza del contrario; y así se rebeló contra él y le negó la obediencia. El emperador, que lo supo, hizo con él lo acostumbrado, que era enviarle a ofrecer paz y pedirle la obediencia. No sólo Zacatitechcochi (que así se llamaba este rey) no hizo caso de las palabras del emperador, ni se curó de reconocerle, con el vasallaje que le debía; pero hizo burla de sus razones. El emperador, enojado de su descomedimiento, fue sobre él y le entró la provincia y lo mató, sin bastar para inclinarse los muchos ruegos que le hizo después que se vido vencido, diciendo: que los soberbios no eran dignos de perdón; y mató con él a todos los más principales de aquella república y dejó en ella gobernador de su mano y con esto volvió.

A dos años pasados de esta guerra tuvo el emperador aviso cómo siete provincias, que fueron la de Zayollan, ochenta o noventa leguas de esta ciudad, a la parte poniente, y la de Temimiltepec y Totolapan, a la parte del mediodía, más de sesenta leguas, y Huehuetocan y Mizquic, cerca de esta corte y otras dos con ellas se habían rebelado; para lo cual hizo siete ejércitos y encomendando el uno de ellos a Huetzin, rey de Cohuatlichan, para que fuese contra los de Huehuetocan, y a Tochami contra Temimipiltepec, y Ayachimalconetzin, señor de Chalco, contra los de Zayollan, y a

Amitzin, señor de Chalcoatenco, contra los de Mizquic, y a Cohuatl y otro famoso capitán, contra otras dos provincias. Fue él, en persona, contra los de Totolapan (que debía de ser gente más belicosa y valiente) pues el mismo emperador no la fiaba de otras, que de sus manos. Tuvo tan buena ventura que él y sus capitanes vencieron a los enemigos y volvieron cantando la victoria.

Con el gusto de tantas victorias, como este emperador había tenido, sin riesgo de su persona, ni mucha mengua de sus gentes, hizo unas solemnísimas fiestas en su corte, donde no sólo asistieron todos estos valerosos capitanes, con los soldados de sus ejércitos, pero también otras muchas gentes y señores que pudieron ser llamados y convocados, en espacio y término de ocho días; las cuales acabadas hizo muchas mercedes a los capitanes y hombres valientes que en estas guerras se habían más señalado, haciendo a unos señores titulares y de vasallos; y a otros subiéndolos de oficios menores a ditados más altos y subidos; como también entre nuestros reyes acontece. De aquí corrió por todo lo poblado de esta tierra el valeroso nombre de este emperador y unos por miedo y otros por amor, se le sujetaron y rindieron y estimaban en mucho tenerle por capitán y señor; y no hubo rey en todo esto descubierto que no le reconociese; y los mayores y más poderosos (dejando de contar otros muchos de menos poder) fueron veinte y seis, que cada cual de por sí era señor de muchas y muy grandes provincias. Fue Tlaltecatzin, hombre de grandísimo ánimo y muy amigo de la milicia, en la cual traía ejercitada toda su gente y nunca reposaba ni tenía quietud, sino era en las cosas de la guerra. El cual murió, a los sesenta años de su imperio, habiendo hecho en ellos las cosas dichas y otras muchas que se callan por evitar prolijidad.

Para haberle de enterrar le abrieron por medio y le sacaron los intestinos y tripas y, adobado a su usanza, lo volvieron a coser y le vistieron de vestiduras reales y lo sentaron en una silla real enmedio de una grande sala, coronado con corona imperial y debajo de sus pies le pusieron una águila real, rica y preciosamente labrada y a sus espaldas un tigre ferocísimo. En todo lo cual quisieron hacer demonstración de ser hombre feroz y animoso y muy presto en sus determinaciones, y en sus manos le pusieron un arco y flechas, mostrando en esto haber sido invencible capitán, y estaba de tal manera muerto que parecía hombre vivo. Todo esto que hicieron con este emperador fue cosa nueva y no usada con los otros sus antecesores, aunque lo común que hicieron con los pasados fue llorarle cuarenta días y a los ochenta quemaron su cuerpo y enterraron sus cenizas, con grande solemnidad, en una cueva que está junto de la ciudad de Tetzcuco; y este emperador fue el primero que hizo sepulcro de reyes en este lugar, en el cual se enterraron después otros.